



## a casa de Aribau: ¿Maldición o salvación de Andrea?

Mónica Flores-García

*Auburn University*

En una vieja casa de la calle de Aribau, Andrea, protagonista de *Nada*, recorre el camino hacia su adultez durante el año cargado de vicisitudes y conflictos que pasa en compañía de sus familiares dentro de los muros de esta vivienda en decadencia. Con estas palabras se puede resumir el argumento de este texto.

La escritora de este libro utiliza variados recursos literarios para mostrar el agobio en que se sume la protagonista desde la llegada a la residencia de sus familiares. No obstante, el presente trabajo se concentrará en uno de los elementos que se puede considerar más influyentes en el declive del ánimo de Andrea durante su año de estadía en Barcelona: la casa de Aribau.

Hay numerosos ejemplos en la literatura sobre la influencia que los objetos, espacios y seres inanimados operan en el carácter y el destino de las personas que los poseen y habitan. Hay, sin embargo, dos casos en particular que ilustran de manera insuperable el efecto que se quiere resaltar en este ensayo. Se trata de la *Casa Tomada*, de Julio Cortázar, y *La Caída de la Casa Usher*, de Edgar Allan Poe.

En estas dos obras se ve cómo los protagonistas se refieren directamente el influjo que la casa que habitan ocasiona sobre ellos. En estos dos relatos la casa aparece encarnada a través de la descripción que de ella hacen los personajes. Cortázar y Poe no sólo logran la personificación de la casa en estas dos narraciones sino que además le imprimen un temperamento maléfico y de influencia negativa para sus ocupantes.

En *Casa Tomada*, por ejemplo, es el mismo protagonista quien informa al lector desde el principio que el primordial motivo de la narración de su historia recae sobre la casa, “pero es de la casa de la que me interesa hablar [. . .]” (2). Durante el resto del cuento se le adjudica a la casa gran parte del destino que los hermanos comparten en la actualidad, Cortázar escribe, “a veces llegamos a creer que fue ella la que no nos dejó casarnos” (2). Así, Cortázar presenta a la casa como el personaje principal de la historia. En *La Caída de la Casa Usher*, el protagonista describe la casa rodeada de una extraña atmósfera, parecida a la respiración de un ser vivo, y sus ventanas como ojos vacíos (3). El autor no se limita sólo a adjudicar características humanas a la casa, sino que al final la casa termina con sus habitantes.

En *Nada*, hay un fenómeno parecido al que se da en estas dos historias, pero desprovisto del aspecto fantástico de ellas. Desde las primeras páginas de esta historia se muestra, a través de la protagonista, el ascendiente que tiene la casa sobre el ánimo y el porvenir de los personajes. Especialmente, es posible ser testigo de la transformación que sufre el talante de Andrea desde el momento en que pisa la casa de la calle Aribau. Ya desde el principio, cuando la protagonista se enfrenta por primera vez en años con el portal de esta vivienda, se ve que ella siente que algo ha cambiado en este lugar sustancialmente con el tiempo, pues sus recuerdos de este sitio son por completo diferentes a las sensaciones que experimenta en el momento del reencuentro. “Todo empezaba a ser extraño a mi imaginación; los estrechos y desgastados escalones de mosaico, iluminados por la luz eléctrica, no tenían cabida en mi recuerdo” (13).

Una vez Andrea logra traspasar el umbral de la casa, siente el peso angustioso de su ambiente. En las palabras de Andrea se siente su deseo de huir de este espacio que desde el primer instante presiente devastador, ella dice, “Quise pensar que me había equivocado de piso” (14). Así pues, la protagonista anuncia desde el comienzo el malestar que siente por este lugar al que ha llegado a vivir con tanta expectativa y entusiasmo. El lector puede darse cuenta de que el primer sentimiento que se manifiesta en Andrea sobre su inminente futuro es uno de desilusión. Esta primera impresión puede considerarse una premonición del decaimiento familiar que se encontrará más adelante durante la obra.

## CÉFIRO JOURNAL

Constantemente las palabras que usa Carmen Laforet para describir la atmósfera del domicilio de la calle Aribau sirven también para definir y explicar el espíritu de sus residentes. La autora escribe, “Y en el piso un calor sofocante como si el aire se hubiera estancado y podrido” (14). Estas palabras, que hacen referencia a la condición del lugar, pueden usarse igualmente para detallar el humor de la gente que vive en él. Más tarde se puede ver en la obra que los parientes de Andrea parecen haberse estancado en el tiempo pasado de la guerra civil española, pues el ambiente que se vive entre ellos es de pelea constante, como si dentro de sus paredes no se hubiera terminado la contienda fratricida que asoló a España y que ahora se perpetúa en el seno de esta familia hasta pudrir sus almas y sus relaciones. Este presentimiento de Andrea recuerda el sentido por el protagonista de *La Caída de la Casa Usher* al aproximarse a la mansión de Roderick Usher, cuando dice, “No sé cómo sucedió; pero, a la primera ojeada sobre el edificio, una sensación de insufrible tristeza penetró en mi espíritu” (1).

Sobre el tema de la importancia de la casa en *Nada*, Mariana Petrea describe la opinión de varios autores. “Sugieren que la anatomía de la casa, el amontonamiento de muebles, la suciedad, la falta de aire fresco y de luz revelan los conflictos de sus ocupantes que son simbólicos de la sociedad española de posguerra. Además de mostrar una realidad devastadora, son elementos que atormentan a la muchacha y contribuyen a su rebelión futura” (Petrea 73). Andrea llega a Barcelona cargada de ilusiones sobre la libertad y las numerosas posibilidades que esta gran ciudad le abrirán a su vida. Sin embargo, en oposición a este encanto de la ciudad, ella se encuentra con el ambiente opresor de la casa en la que vivirá. Durante el transcurso de la historia se nota como el influjo de la casa pesa más en el ánimo de la protagonista que el de la Barcelona soñada.

Existe pues una oposición entre dos mundos: el mundo interno de la casa de Aribau y el mundo externo de Barcelona y la sociedad española. España ha pasado la época de la guerra civil y, a pesar de las dificultades que atraviesa su población, se respira un aire de cambio. Por el contrario, en la residencia de Andrea continúa existiendo un contexto de guerra y conflicto que perturba la vida de todos sus inquilinos. Los personajes atrapados en la cotidianidad de estas paredes son seres decrepitos que se enfrentan entre sí constantemente, convirtiendo la casa en un campo de batalla en el que la protagonista deberá madurar y aprender las realidades de la vida. Andrea dice, “Poco a poco me había ido quedando ante mis propios ojos en un segundo plano de la realidad, abiertos mis sentidos sólo para la vida que bullía en el piso de la calle de Aribau” (43).

El piso de Aribau es una gran telaraña, en la que Andrea se ha aprisionado. Alrededor de ella se tejen hilos de odios, intrigas, engaños, envidias y desesperanza que ella se esfuerza en desenredar y comprender. En palabras de la protagonista “...se reflejaba el bajo techo cargado de telas de arañas, y mi propio cuerpo entre los hilos

brillantes del agua, procurando no tocar las paredes sucias [. . .]” (17). Una vez más, con la descripción del lugar, Andrea provee una imagen más que aproximada de la realidad que la rodea y que es fruto del comportamiento de sus parientes.

Uno de los aspectos que más recalca Laforet en su narración es la suciedad y el desorden de la casa y de sus habitantes. Andrea habla constantemente de estos dos aspectos:

El hedor que se advertía en toda la casa llegó en una ráfaga más fuerte. Era un olor a porquería de gato. Sentí que me ahogaba y trepé en peligroso alpinismo sobre el respaldo de un sillón para abrir una puerta que aparecía entre cortinas de terciopelo y polvo [. . .] La habitación con la luz del día había perdido su horror, pero no su desarreglo espantoso, su absoluto abandono... Su olor, que era el podrido olor de mi casa, me causaba cierta náusea [. . .]. (18, 23, 43)

El tema de la suciedad y el desorden se vuelve de gran importancia para la protagonista, quien trata de abstraerse de la mugre de sus familiares y de la casa a través del baño, el cual convierte en un ritual no sólo de limpieza corporal sino también espiritual. Al referirse a la suciedad y el desorden imperante en el piso, se puede sentir que Andrea se refiere más que al espacio físico, al estado de sus moradores. La suciedad puede asociarse con la inmoralidad de los sentimientos que se cruzan entre los personajes de la casa. Seres inmaduros, mezquinos y violentos movidos por la fuerza de sus pasiones.

También es de resaltar como cada una de las habitaciones de la casa describe las diferentes personalidades de sus habitantes. La primera descripción que se encuentra es la del cuarto de la tía Angustias, el cual resulta asombrosamente limpio y ordenado a los ojos de Andrea. Esto contrasta con la sensación que el resto del espacio y sus habitantes le producen. Se puede asociar esta limpieza de Angustias con su diferencia moral del resto de sus parientes. Ella es una persona estricta, compulsiva y de espiritualidad rígida. Tiene una visión concreta del bien y el mal y del adecuado comportamiento de las mujeres en la sociedad. Tanto es el contraste con el resto de su familia que la tía Angustias termina yéndose de la casa e internándose en un convento.

Sobre la alcoba de Gloria, Andrea dice que parece el cubil de una fiera. Esto concuerda perfectamente con la sensación que tiene la protagonista de que esta mujer es como una criatura salvaje. “Gloria, la mujer serpiente, durmió enroscada en su cama hasta el mediodía, rendida y gimiendo en sueños” (104). Andrea no considera a Gloria como una persona muy inteligente pero le gusta el espíritu salvaje que su cuerpo le

## CÉFIRO JOURNAL

transmite. Además, las constantes escapadas de Gloria por las noches la incitan a anhelar aún más su emancipación de aquella casa oscura y triste. La alusión a la serpiente hace pensar también en la tentación que produce Andrea en Román y en la discordia que existe entre los dos hermanos.

Andrea define el estudio de Juan como curioso, palabra que refleja lo indefinible que resulta su carácter para la protagonista. Juan es un personaje curioso a su vez, como el cuarto que utiliza para pintar. No se sabe a ciencia cierta cuándo esperar sus explosiones de locura o de increíble ternura. Andrea no sabe muy bien qué aguardar de este tío que parece completamente desequilibrado. Juan es la víctima de su adoración por un hermano que se regocija haciéndolo sufrir y convirtiendo en una pesadilla todo lo que podría ser bueno y placentero en su vida. Ramón es como el Caín que es comido por la envidia de la fortuna de su hermano y, por lo tanto, lo sacrifica. En *Nada*, Ramón no asesina físicamente a Juan, pero mata su espíritu y la confianza en sí mismo y en el amor de su esposa.

Román no dormía en el mismo piso que el resto de sus familiares. Andrea describe su habitación: “[. . .] Se había hecho arreglar un cuarto en las guardillas de la casa, que resultó un refugio confortable [. . .]. A pesar de la cantidad de cosas menudas, todo estaba limpio y en un relativo orden” (38). Laforet prueba así la diferencia de Román con los otros personajes de la novela. Román es un ser manipulador, quien quiere controlar los sentimientos y destinos de quienes lo rodean, lo cual se representa muy bien al situarlo arriba de ellos en el ámbito espacial. Román está por encima de sus parientes tanto literal como mentalmente. Él se divierte jugando con sus reacciones y sus vidas. Mientras la gente en el piso de abajo se derrumba, él cree encontrarse a salvo en la madriguera que se ha construido “Aquello es como un barco que se hunde. Nosotros somos las pobres ratas que, al ver el agua, no sabemos qué hacer [. . .]” (40). Es irónico, sin embargo, ver como es Román quien al final se hunde completamente.

Finalmente, es importante resaltar el lugar que Andrea ocupa en la casa. Ella no posee un lugar propio, fue instalada en un viejo salón y, hasta la partida de Angustias, este será su sitio. No obstante, cuando su tía ingresa al convento Andrea se apodera de su cama. Aun así, lo que podría haber sido un símbolo de su independencia y liberación dentro de la casa se convierte en un lugar común más para los habitantes del piso. La falta de propiedad de Andrea de un espacio íntimo en la casa sirve para representar el carácter transitorio de su estadía en ese lugar. Nunca se arraiga a la casa de Aribau y es esta falta de raíz, de identidad, de pertenencia, la que la protege de su perniciosa influencia y le permite por fin independizarse de ella.

Andrea siente que se ahoga durante los momentos que pasa dentro de estas paredes. Esa sensación de asfixia es la que va motivando su deseo de apartarse. Para

lograrlo, Andrea siente que debe alejarse de la casa y, cuando al fin recorre las calles de Barcelona, empieza a sentir que se libera de la pesada carga nociva que sobre ella ejerce la casa y sus habitantes. La protagonista empieza a pasar más tiempo con sus nuevas amistades de la universidad, los cuales le abren los ojos a una realidad nueva y desconocida. Sobre esto Andrea dice, “Sólo aquellos seres de mi misma generación y de mis mismos gustos podían respaldarme y ampararme contra el mundo un poco fantasmal de las personas maduras” (59). Sobre la importancia de estos amigos y del mundo exterior en el proceso de maduración de Andrea, Petrea dice, “El grupo de amigos funciona como un mecanismo que le abre los ojos ante las realidades de la vida chocante y llena de privaciones” (77).

Andrea quiere mantener separados el mundo de decadencia de su casa y su mundo universitario, dice, “Me juré que no mezclaría aquellos dos mundos que se empezaban a destacar tan claramente en mi vida: el de mis amistades de estudiante con su fácil cordialidad y el sucio y poco acogedor de mi casa” (62). A pesar de este deseo no le es posible lograrlo y, por eso, al final estos dos mundos terminan tocándose y afectándose. La mejor amiga que Andrea tiene en la universidad, Ena, la devuelve a la realidad del mundo de su hogar del que ella trata desesperadamente de escapar al entrar en contacto con su tío Román e involucrarse así en la vida familiar de la protagonista. Su amiga siente una extraña fascinación por la gente y los acontecimientos de la casa de Aribau, lo cual ratifica la seducción e influjo que este lugar tiene sobre los personajes del libro. Al final, termina siendo la misma Ena la que le proporciona a Andrea una forma de salida hacia su libertad.

Sobre el deseo de Andrea de separar esos dos mundos que la rodean (el de la morada de la calle Aribau y el de sus amistades universitarias), David Foster dice, “Pero si vamos a creer que la casa es todo un microcosmos de la vida en su totalidad, es importante ver esta declaración como esencialmente irónica: tanta división en la vida de Andrea no es una realidad y en la segunda parte, la muchacha se da cuenta de cómo estos dos mundos se han fundido” (49).

Se puede decir, sin embargo, que a pesar de todos los malos momentos que Andrea vive en la residencia de Aribau, su estadía en este lugar le ayuda a entender la complejidad de las relaciones humanas y la realidad de la vida. Su paso por esta casa puede considerarse un “rite of passage”, por medio del cual la protagonista se transforma en un ser adulto. En la casa de Aribau, Andrea pierde su inocencia y se prepara para enfrentar las dificultades de la vida adulta. Foster dice, “Ha pasado por momentos muy malos, pero del juego de altas emociones de las otras personas, de su familia y de la

## CÉFIRO JOURNAL

familia de Ena, se ha podido forjar una conciencia que no habría alcanzado de ser otras las circunstancias” (53).

Cuando deja la calle de Aribau, Andrea señala, “Me marchaba ahora sin haber conocido nada de lo que confusamente esperaba: la vida en su plenitud, la alegría, el interés profundo, el amor. De la casa de la calle Aribau no me llevaba nada. Al menos, así creía yo entonces” (294). Con esta última frase, la protagonista y narradora da a entender la importancia que la casa tuvo para su crecimiento espiritual, a pesar de no haberlo notado en el momento inmediato. La perspectiva de los años le enseña, sin embargo, el papel definitivo que la estadía en Barcelona representó en su vida y es por eso que se da a la tarea de contar su historia. Si, en realidad, nada hubiera sucedido en su interior al vivir esta experiencia, el lector no tendría esta obra en sus manos.

### Bibliografía

- Cortázar, Julio. *Casa Tomada*. Ediciones Minotauro. España. 1993.
- Foster, David William. *Nada de Carmen Laforet, ejemplo de neo-romance en la novela contemporánea*. New York: s.n., 1966.
- Laforet, Carmen. *Nada*. Barcelona: Ediciones Destino, 1990.
- Petrea, Mariana. *La promesa del futuro: La dialéctica de la emancipación femenina en Nada de Carmen Laforet. Letras Femeninas*. 20.1-2 (Spring-Fall 1994): 71-86.
- Poe, Edgar Allan. “La Caída de la Casa Usher.” *Cuentos de intriga y terror*. Madrid: Edición Integra, 1999.